

*El conflicto anglo-español por el dominio oceánico (siglos XVI y XVII)*  
[Obras, vol. 1, pp. 217-434]  
Juan Antonio Ortega y Medina  
UNAM  
México, 2013

## CONFLICTOS Y NAVEGACIONES

Miguel A. Moreta-Lara

**R**ecientemente (el 19/12/2016) el AMZET (Aula María Zambrano de Estudios Transatlánticos) de la universidad de Málaga homenajeó al historiador **Juan Antonio Ortega y Medina** (Málaga, 1913/Ciudad de México, 1992) con motivo de la presentación de las obras completas que, para conmemorar el centenario de su nacimiento, comenzó a editar la UNAM (Universidad Nacional Autónoma de México). En realidad, pudimos asistir a un triple homenaje en las intervenciones de tres especialistas. En primer lugar, el doctor Tomás Pérez Vejo (historiador y profesor de posgrado en la Escuela Nacional de Antropología e Historia de la Ciudad de México) impartió una lección magistral sobre el contexto general en el que hay que situar la vida y obra del malagueño, esto es, el exilio español en México (o exilios, no sólo el de la guerra civil). A continuación, la doctora Alicia Mayer González (historiadora y directora del Centro de Estudios Mexicanos de la UNAM en España) disertó –desde su condición de discípula y editora de las obras completas del maestro- sobre la talla académica del intelectual Ortega y Medina, de la que trazó un finísimo retrato. Finalmente, Alejandro Salafranca Vázquez<sup>1</sup> (Coordinador del Patrimonio Histórico, Artístico y Cultural de la Secretaría de Cultura del Gobierno de la Ciudad de México) mantuvo el realce del homenaje con una pieza de emocionado análisis de la figura de su tío-abuelo, Juan Antonio Ortega y Medina, maestro malagueño, estudiante universitario en Madrid, luchador en el ejército republicano, prisionero en un campo de concentración francés, exiliado en México, profesor en la UNAM, académico de la historia, muerto en México. Una vida de limpia trayectoria y autor de una obra de las que Málaga no puede (no debe) prescindir. El vicerrector de política institucional de la UMA, Juan Antonio García Galindo, director del AMZET, al albergar este homenaje ha dado un primer paso.

La obra historiográfica de Ortega y Medina es muy amplia: además de su gusto en prodigarse tanto en *la erótica de la docencia* (impartición de clases y seminarios, atención a los alumnos y dirección de casi un centenar de tesis) como en *la tarea menor* (decenas de artículos de difusión y reseñas críticas), alcanzó a diseminarse en cientos de artículos académicos, prólogos, capítulos de libros, ediciones críticas, dirección de revistas especializadas, coordinación de libros, traducciones (sobre todo del alemán, de Pfandl, Schiller, Winckelmann...) y en dieciocho libros

---

<sup>1</sup> Autor del número 32 de *Cuadernos del Rebalaje*, "Málaga desde el mar. La ciudad en la mirada de Carlota Bélgica y Maximiliano de Habsburgo, emperadores de México". Vide <http://www.amigosjabega.org/uploads/images/PDF/PDF%202016/20160101%20CR%2032-M%20C3%81LAGA%20DESDE%20EL%20MAR.pdf>

publicados<sup>2</sup>. En conjunto, la obra de Ortega y Medina –dentro del pensamiento español del exilio de 1939- se alía al grupo de los neorteguianos (José Gaos, Leopoldo Zea, Edmundo O’Gorman, Samuel Ramos...) para contribuir a forjar la “conciencia mexicana”<sup>3</sup>.

Nuestro particular homenaje consistirá en releer y comentar uno de sus libros más entretenidos, de tema profundamente marinerero.

Ortega y Medina platicó el 5 de octubre de 1976 “De Andrenios y Robinsones” en su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Historia (donde era el primer nacionalizado admitido). Posteriormente, amplió este trabajo y lo publicó con el título *El conflicto anglo-español por el dominio oceánico (siglos XVI y XVII)*<sup>4</sup>, libro dedicado a la memoria de sus padres y sobre el que siempre confesó su preferencia entre todos los que dio a la imprenta. La obra se abre con esta cita de *Rocinante vuelve al camino* de John Dos Passos<sup>5</sup>: “Existe en el hombre hispánico la fría desesperación de una raza vieja, de una raza que ha vivido largo tiempo bajo una fórmula de vida a la cual ha sacrificado mucho; sólo para descubrir al final que la fórmula no sirve”. Este exergo ya anuncia una de las tesis de un ensayo que atesora muchas, una idea que comienza por inscribir en el prólogo: “El análisis histórico de la época imperial hispánica nos muestra, frente a todo dogmatismo filosófico y metodológico, que no siempre las fuerzas nuevas renovadoras triunfan en la historia sobre las caducas y estancadas”. En esa frase late toda la tristeza de los refugiados, de los que lucharon por una nueva vida y fueron vencidos (y expulsados) por los bárbaros partidarios de la tradición. La historia de España se ha mostrado pródiga en esta vergüenza: judíos, moriscos, constitucionalistas, liberales, ateos, republi-canos, revolucionarios y otros muchos fueron obligados a pagar su heterodoxia con la pérdida de su patria, cuando no con la propia vida.

Sabido es que reseñar un libro bueno es muy difícil. Imposible anotar, aunque sea de pasada, todas las ideas que en este succulento ensayo se anudan, mil y una sugerencias nuevas, ricas, expresadas en una prosa precisa que no evita el adjetivo colorista y personal. Sólo aludiremos a dos o tres. El historiador malagueño, basándose en una variada bibliografía (tanto hispana como inglesa), en los testimonios de época y en datos cuantitativos demográficos y económicos, nos va guiando a través de dos centurias de una intensa relación de amor/odio

---

<sup>2</sup> Más los de ahora: Juan A. Ortega y Medina (2013) [edit., María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer]: *Obras*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 7 volúmenes [1. Europa moderna, 2. Evangelización y destino, 3. Literatura viajera, 4. Humboldt, 5. Historiografía y teoría de la historia, 6. Descubrimiento y conquista, 7. Temas y problemas de historia]. Los volúmenes 5 y 7 aún no han visto la luz.

<sup>3</sup> Lo ha tratado José Luis Abellán [dir.] (1976): *El exilio español de 1939*, Madrid, Taurus, 6 vol. Véase el vol. 3, pp. 203-206. La contribución de nuestro autor, entre otras, es la de Juan Antonio Ortega y Medina (1953-1955): *México en la conciencia anglosajona*, México, Porrúa y Obregón/Antigua Librería Robredo, Colección México y lo mexicano núm. 13 y 22. Otros exiliados andaluces echarían su cuarto a espadas en la tarea de retratar lo mexicano, por ejemplo Luis Cernuda (1952): *Variaciones sobre tema mexicano*, México, Porrúa y Obregón, Colección México y lo mexicano 10; o José Moreno Villa (1940): *Cornucopia de México*, México, La Casa de España en México.

<sup>4</sup> Editado por el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, México, 1981. Nosotros acabamos de releerlo en la edición de 2013, *Obras*, UNAM, México, vol. 1, pp. 217-434.

<sup>5</sup> De John Dos Passos (1896-1970), autor norteamericano de la Generación Perdida viejo amigo de España, y de su traductor al español José Robles Pazos (1897-1937), trata en su fascinante libro *Enterrar a los muertos* Ignacio Martínez de Pisón. *Rocinante vuelve al camino* se publicó en Madrid, en 1930, en la editorial Cénit, traducido por Mágina Villegas, la esposa de José Robles.

entre España e Inglaterra, fijando su mirada en lo que reza el título: *el dominio oceánico*. Durante el siglo XVI, los marinos ingleses emulan a los hispanos, dependen de los manuales españoles<sup>6</sup> y de las cartas de navegación que vendía a los pilotos la Casa de Contratación de Sevilla. Este dominio teórico y técnico, según Ortega y Medina, se mantiene hasta 1594, cuando uno de los más expertos navegantes ingleses –sin desmerecer a su amigo sir Francis Drake–, John Davis, publica *The Seaman's Secrets*, el primer tratado práctico de navegación en inglés.

Otra de las teorías más queridas de Ortega y Medina (y que desarrollará en otras obras enjundiosas) es la diferencia que marca la antimodernidad católica española frente a la reforma protestante anglicana. En tanto que los católicos españoles viven de espaldas al mar, que es el morir, el mar tenebroso, inactivos y temerosos del más allá, los protestantes ingleses –afectados por el destino de su insularidad– ganarán la felicidad terrena en las riquezas que ofrece la mar luminosa, productivos en el más acá. Por boca de un tratadista de la época, Samuel Purchas, “el mar incita al cuerpo a actuar; a la mente a meditar y atrae a la gente hacia el mundo por medio del arte de todas las artes, la navegación”. La renovación técnica naval es imprescindible para ganar la carrera del mar y del comercio de las Indias. Los ingleses se darán a construir barcos más ligeros, más agresivos y eficaces en la artillería (culebrinas), más marineros en el *tacking* (arte de ceñirse al viento), alargarán las quillas y disminuirán los alcázares de proa y popa, transforman el pesado galeón ibérico de mil toneladas en una nao muy manejable de 500 toneladas, instalan un segundo mástil en el puente, aplican bombas de desagüe en cadena, mejoran el velamen, usan cabrestantes para facilitar el fondear y levar anclas... La victoria naval de Lepanto (1571) contra el poderío turco fue la última victoria a la manera clásica española, táctica que fiaba todo en el abordaje y en la lucha de la infantería. Por eso, nada pudieron hacer los pesados galeones de la *Invencible* en el canal de la Mancha (1588) ante navíos, marinos y tácticas superiores de holandeses e ingleses. Además, cuando Felipe II (“el monstruoso covachuelista”) muere, deja un país agotado y en bancarrota. La siguiente centuria será la de una larga y sostenida decadencia: cuando desaparece el último Austria, la Armada española ya no existe.

Ortega y Medina ahonda en ideas, personajes y comportamientos para trazar un cuadro de la diferente cosmovisión e ideología anglo/española (protestante/católica), culminando su análisis en la contraposición de dos símbolos, dos mundos, dos visiones, dos figuras literarias: Robinsón y Andrenio. Por un lado, el personaje de *Robinson Crusoe* (1719) de Daniel Defoe (el homo faber o technicus, “paradigma puritano de felicidad y éxito técnicos intramundanos”); por otro, el protagonista de *El Criticón* (1651, 1653, 1657) de Baltasar Gracián (peregrino en “un mundo cuya realidad es engañosa e ilusoria”). Aquí, la finura del análisis no ahorra matices, regalándonos incluso catas de historia literaria de enorme interés (la literatura inglesa “huele a mar”). Una de ellas es la dedicada a los antecedentes y descendencia de las aventuras marineras naufragantes, donde encuentra significativo que “la familia robinsonesca se amplía en las literaturas

---

<sup>6</sup> Los más leídos fueron el aragonés Martín Cortés de Albacar, *Breve compendio de la sphaera y de la arte de navegar, con nuevos instrumentos y reglas, ejemplarizado con muy sutiles demostraciones*, Sevilla 1551 y Londres 1561; y el santanderino Diego García de Palacio, *Instrucion nauthica para el buen uso y regimiento de las naos, su traça y gouierno conforme a la altura de Mexico*, México, 1587.

nacionales europeas (salvo en la española) con Robinsones suizos, alemanes y franceses [...]. No tenemos ningún Robinsón español [...] obedeció probablemente a una innata autocensura; inclusive la traducción al español de la obra de Defoe se realizó en fecha tardía, lo cual parece indicar que a la tradición hispánica le repugnó un ingrato, al parecer, para ella”.

Con respecto a las tesis que pretenden explicar el menosprecio de los españoles por el trabajo durante esas centurias (ideología que se arrastrará durante bastante más tiempo, para pesadumbre de nuestros ilustrados), Ortega y Medina se aparta con claridad de los que no duda en calificar de “determinismos demasiado excluyentes”, rechazando las de Américo Castro (incapacidad temperamental de los españoles), Sánchez Albornoz (empresa bélica enriquecedora a corto plazo) y Richard Konetzke (ejercicio de las armas durante ocho siglos). Nuestro autor cree más bien que, en este aspecto, el pueblo no hacía más que seguir la actitud contrarreformista predominante de la oligarquía nobiliaria. Ello, en concomitancia con la inoperancia y errores (políticos, técnicos, estratégicos) de los Austrias, la ausencia de iniciativa individual y una burguesía debilitada, llevaría a la pérdida de la supremacía naval. En definitiva, más que culpar al pueblo por su espíritu negativo (carencia de mentalidad marinera), hay que culpar “al sistema económico-político, asfixiante y monopolista, puesto en vigor por el Estado-Iglesia español a partir de los Reyes Católicos y acentuado hasta extremos ruinosísimos bajo la dinastía austríaca”.

La piratería fue la respuesta de Inglaterra a la negativa de España a liberalizar el comercio con las Indias. Una nueva clase social inglesa, enriquecida con la propiedad agraria (y consiguiente proletarización de los campesinos en las grandes ciudades) no dudó en romper con la legalidad y dedicarse a una actividad depredatoria muy lucrativa, cuyo primer beneficiario iba a ser la corona isabelina. Los ingleses iban a contar con una “extraordinaria generación de hombres libres, ambiciosos y emprendedores”, magníficos navegantes (Drake, Hawkins, Frobisher, Seymour, Fenner, Fenton, Crosses, Sheffield, Greenville, Davis, Raleigh, Gilbert, Cavendish...), científicos (Hariot, John Deer, Edward Wright...) y comerciantes (Garrad, Chesters, Osborne, Sanderson, Smithe...), en tanto que el Estado-Iglesia español fue “rasador de conciencias, enemigo de novedades y cambios y perseguidor de toda mente capaz de plantearse con libertad cualquier problema”. Y no es que en la España imperial no se dieran los hombres con brío: de hecho, los avatares de las numerosas empresas en los nuevos territorios y mares a fines del XV y comienzos del XVI son pródigos en personajes y navegantes con empuje y coraje que hubieran podido plantar cara al “agresivo plan de acoso marítimo” de los afanosos corsarios anglicanos, pero el poder central se encargó de laminar cualquier iniciativa que pudiera introducir hábitos de libertad (en las costumbres, en las personas o en los intercambios comerciales). El pesado y viejo galeón castellano es el símbolo de un Imperio que se va a pique. Un viejo refrán marinero parece definir la extenuación y la impotencia que anuncian el final: “A grande navío, grande fatiga”.

Málaga, febrero de 2017

Asociación cultural  
Amigos de la Barca de Jábega